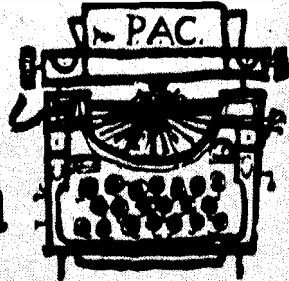


escrito a máquina



El viaje a la Utopía

y el viaje a las Antípodas

En las épocas de crisis agudas, buscando quizás una salida desesperada al desorden o un escape al temor o a la explotación, el hombre tiende a hacer dos viajes imaginarios: el viaje al país de las ANTIPODAS o el viaje al país de la UTOPIA.

Irse a la Utopía es soñar y querer lo no realizado, lo absolutamente nuevo y perfecto.

Irse a las Antípodas es soñar y querer lo contrario de lo que se tiene.

EL VIAJE A LA UTOPIA

El viaje a la Utopía —que ha tenido en la antigüedad navegantes de la calidad de Platón, Tomás Moro, Francis Bacon, Campanella, Cabet y otras muchas mentes visionarias— supone salirse fuera de la historia, ("u-topos" significa "sin lugar"), es decir, proponerse lo que no existe, lo "nunca visto", una república racionalmente perfecta, con un régimen o sistema perfectamente planificado y organizado, sin margen de error, donde el hombre alcanza por fin la felicidad plena y para siempre.

No se crea que no tiene fuerza este sueño: el hombre es con frecuencia más atraído por lo que no existe que por lo que existe y el mundo actual en buena parte se mueve por utopías. Sobre todo allí donde la historia se ha construido contra el hombre y se ha convertido en terror, el hombre huye o quiere escapar de la historia y a mayor represión sufrida, mayor extremismo y radicalidad en su repudio de la historia y en su proyecto de cambio. Las dictaduras son grandes criaderos de utopías. Con la falta de libertad todos nos radicalizamos y fácilmente la inconformidad acumulada impulsa al hombre a dejar atrás la libertad perdida y a crear, a la fuerza, un nuevo orden que no es más que una nueva tiranía de signo contrario.

Por otra parte, cuando uno lee las grandes utopías clásicas se da cuenta de que casi siempre que el hombre sueña un régimen o sistema utópico, es decir racionalmente perfecto, lo imagina terriblemente autoritario, coactivo e implacable en su disciplina. Como si la felicidad inventada por la razón sólo la pudiera realizar el hombre bajo ley marcial; como si la libertad e incluso los deseos más espontáneos del hombre tienen que ser reglamentados y programados al milímetro para que la felicidad pueda darse en este mundo. La razón es capaz de producir monstruos tanto como la locura. Y más la "razón de Estado".

Platón, por ejemplo, regula en su República hasta la sexualidad. La autoridad es la que decide quién debe aparearse con quién para producir las tres categorías de ciudadano que él concibe (el de carácter de oro, el de carácter de plata y el de carácter de bronce) y sólo pueden copular en estaciones estrictamente determinadas.

Tales imaginaciones de un orden nuevo y feliz no se han quedado en el papel. Constantemente el hombre es tentado a convertirlas en realidad. Hitler lo hizo en nombre del Estado racista. Un nazi sufría la pena de muerte si hacía el amor con una judía. Y hace apenas unos meses, cuando la campaña contra la viuda de Mao, se dio esta información desde China: "Hacían el amor en vez de criticar a Lin Piao: por este delito, él sufrirá 20 años de prisión y ella 3 años de "reeducación por el trabajo". Pero, tal desprecio por la libertad humana y por el valor de los sentimientos y de la vida del hombre también se da en nuestras utopías pseudocapitalistas, cuando por imitar o reproducir un modelo económico que no nos calza, o donde la inversión por cabeza es costosísima, sólo logramos la riqueza para unos pocos

a costa de la miseria de los demás. Más inhumano que regular el amor de una pareja al estilo chino, es condenar al hambre al fruto de esa pareja al estilo Acahuallina.

Por cualquier camino se va a la Utopía. Lo grave no es desear lo que no existe, lo malo no es abrirse caminos nuevos, sino querer imponerlos contra la historia, contra la libertad y contra el control del mismo pueblo a quien se trata de hacer feliz. La utopía, en este sentido, mata la Revolución, porque impone la receta, la fórmula o la consigna contra las características y peculiaridades y aún contra la naturaleza del mismo pueblo. Mata la Revolución porque sin libertad de crítica cualquier revolución se estanca o se corrompe. La verdadera revolución es lo contrario de la utopía. No es "u-tópica", "sin lugar", sino que nace en un lugar, de un suelo y con las peculiaridades de ese suelo, creada por un pueblo y con la historia y el genio de ese pueblo.

EL VIAJE A LAS ANTIPODAS

El viaje a las Antípodas es menos pretencioso. Responde al sentimiento un poco más vulgar de "darle vuelta a la tortilla". Antípoda es el lugar diametralmente opuesto a otro y los antiguos viajeros imaginarios suponían que así como era opuesto así todo sucedía al revés. Restif de la Bretonne, por ejemplo, en su libro "Descubrimiento Austral" (escrito en la época crítica de la Revolución Francesa) imagina que su héroe Victorin hace un viaje y descubre el país antípoda de Francia, donde, como un espejo que refleja las cosas a la inversa, sucede todo lo contrario de lo que pasa en su tierra, comenzando por las palabras que se escriben al revés. (Según Restif, el país antípoda de NICARAGUA se llamaría AUGARACIN y puesto que es nuestro reverso sería el país de la libertad donde, desde hace 40 años funcionaría la Democracia y la alternabilidad republicana sin interrupción). El viaje a las antípodas es un incitante viaje mental, porque hay situaciones en que sólo conociendo el revés de las cosas llegamos a conocer su derecho! Posiblemente para nosotros eso que llamamos "Derechos Humanos" no sea otra cosa que hacer lo contrario de lo que hacemos.

Pero en el viaje a las Antípodas también se corre un peligro: que la corrupción haya llegado hasta las raíces y que ya no deseemos realmente lo contrario sino, solamente el relevo; es decir, que no querramos terminar con el abuso de poder, sino quitar al que abusa para abusar yo.

Sucede entonces como en el cuento fantástico de Rubén Darío, "EL SALOMÓN NEGRO", un antípoda de Salomón hecho por el diablo que le dice al rey bíblico: "Soy tu igual, sólo que todo lo opuesto a ti" Y si Salomón es blanco y su sombra es negra, el Salomón diabólico es negro y su sombra es blanca. Que es la idea de cambio de muchos opositores e incluso de muchos revolucionarios: no otra sociedad sino la misma al revés; no abolir la dictadura, ni educar al pueblo para la libertad, sino reponer al dictador de sombra negra por otro de sombra blanca.

... Ya sea que querramos lo contrario de lo que tenemos (viaje a las Antípodas), o algo nuevo (el viaje a la Utopía), no tenemos por qué empeñar la libertad para pagar el pasaje. Ni hipotecar la dignidad humana. Si queremos un país o un régimen PARA el hombre, dos son sus presupuestos: Justicia y Libertad. Vasos comunicados y comunicantes porque

- * Libertad sin justicia no es libertad,
- * Justicia sin libertad no es justicia.

PABLO ANTONIO CUADRA